

leses del sur, en 1948, “a pesar de la garantía internacional, resulta menos ventajosa que la de los valdostanos”; como que se fusionó el Tirol del Sur con dos regiones italianas y se desnaturalizó así su autonomía. El proceso de degradación legislativa reclama remedio internacional, tanto más cuanto que los tiróleses (no conformes con seguir usando su lengua y enviando a sus estudiantes a Innsbruck) están manifestando su descontento de un modo más activo y violento, a través de brotes terroristas que llaman la atención del mundo, y que quizás se expliquen —como señala el autor— porque el Tirol del Sur se encuentre en “un estado menos avanzado de evolución, lo que explicaría el que ofreciera aún, en la arena política, una capacidad de resistencia propia de las fuerzas jóvenes que tienen poco tiempo de luchar”.

(U-V)

Tamotsu Shibutani: *The Passing of a Problem Minority: a Case Study*. Prepared for the working group on “Cultural and Racial Tensions and International Relations”. Sixth World Congress of Sociology. Evian, France, September 4-11, 1966, pp. 11.

Shibutani vincula los problemas de las minorías con la aparición del nacionalismo: el campo tradicional de ambos lo han sido los Balcanes y Meso-orientes, pero no en exclusiva pues, como él indica, lo fue también Hawái para los *nisei*, descendientes de japoneses.

El problema surge con la importación de trabajadores japoneses para el cultivo de la caña; con su inmigración en masa; con el temor ante ellos cuando los trabajadores dóciles pasan a potenciales competidores, al comprar tierras; cuando el triunfo de Japón sobre Rusia hace pensar en que son

vanguardia posible de la expansión japonesa. El temor engendra la hostilidad, sobre todo en el continente, pero ésta se refleja —aunque atenuada— en Hawái.

Los *nisei*, en el intermedio, se han educado en escuelas estadounidenses, han internacionalizado sus valores, y su nivel de conocimientos —superior al medio nacional— les ha conducido a chocar con la generación paterna. A pesar de ello, también habían sido educados en el *bushido* (código de honor del *samurai*) y aunque han rechazado conscientemente las costumbres japonesas, algo de ese código moral impregnó su personalidad.

El grupo permaneció aislado: segregado residencialmente; con pocas oportunidades ocupacionales acordes con la capacidad; los matrimonios mixtos, sin estar prohibidos, no fueron la regla. Sin discriminación patente, los *nisei* se sintieron forzados a “escoger sus sitios” Separados así de los otros estadounidenses, y de los japoneses —por el idioma— los *nisei* formaron una sociedad propia, diferente de ambas, así tratara de ser reflejo de la primera.

Como en el caso de los valdostanos acusados de traición en Italia, los *nisei* resultaron sospechosos para los comités de actividades antiamericanas, al tiempo que los funcionarios japoneses o protestaban por su maltrato o los ignoraban desdeñosamente (por ser los inmigrantes japoneses, padres de los *nisei*, de baja extracción social japonesa).

La segunda guerra fue subseguida de rumores de traición, y aunque el F.B.I. señaló que no se había descubierto ningún acto de sabotaje o espionaje cometido por personas de ascendencia japonesa, la negativa, aceptada en Hawái no fue admitida en la costa del Pacífico. Por esa época, se reactivó el estereotipo del “japonés traicionero”.

Hacia 1942-43 —en plena guerra— se pidió a los de origen japonés una declaración de lealtad o deslealtad a Estados Unidos de América. El cuestionario no se preparó con cuidado y se descuidó también el modo de aplicarlo; eso explica —en parte— que el 28% de los varones y el 18% de las mujeres ciudadanos se rehusaron a afirmar su lealtad. Las decisiones fueron influidas por consideraciones extrañas; por el temor de enfrentarse a un mundo hostil de fuera de los “campos de relocalización”; por el deseo de permanecer unidos a otros miembros de la familia; por el de rehuir el servicio militar; por el temor de que de vencer el Japón, se les hostilizara por sus declaraciones de lealtad estadounidense. . . Como resultado de éstas y otras acciones semejantes, más de cinco mil *nisei* renunciaron a su ciudadanía.

El servicio militar (considerado frecuentemente como prueba concluyente de lealtad nacional) hizo que buen número de *nisei* se alistaran como voluntarios; pero, la política del ejército fue inconsistente y, en ocasiones sirvió sólo para acentuar resentimientos. Sin embargo, los corresponsales de guerra y algunos funcionarios consideraron que, en la guerra contra el racismo, resultaba útil señalar las contribuciones de *los descendientes de japoneses en contra de los japoneses*. Esto último contribuyó, en mucho, a que los *nisei* se convirtieran —al terminar la guerra— en minoría favorecida. Gracias a ello, la tercera generación está siendo asimilada casi por completo.

Durante el periodo crítico, a pesar de su resentimiento, los *nisei* consideraban “estar a prueba” y esto los unificó, a pesar de las diferencias en cuanto a la concepción que tenían de sí mismos. Cuando pudieron probar su valía y se estableció, en un nivel mínimo, el contacto interétnico, comenzó a funcionar la similitud de los valores inculcados por la cultura japo-

nesa y de los más propios de la estadounidense.

“La cultura japonesa —dice el autor— había transmitido a los *nisei* rasgos como la limpieza, el orden, la cortesía, el respeto a la autoridad y como los imbuidos de ética protestante, los *nisei* admitían los logros buscados a través del trabajo diligente y la frugalidad”. Esto explica el que el nuevo estereotipo de los *nisei* incluyera rasgos que los gerentes poseían y valoraban, así como que se les estimara como trabajadores.

Al llegar a descubrir las implicaciones teóricas de la situación, Shibutani subraya que el tratamiento de una minoría depende del estereotipo que de ella se forme; que la reacción del grupo minoritario al maltrato depende no sólo de éste sino de la definición situacional que haga dicho grupo minoritario, y que la solución, en ciertos casos —como éste—, depende de que haya una situación forjadora de héroes, marcada por un *suspense*, en la que quien contribuye a una solución favorable (los *nisei*, aquí) se convierte en héroe.

Shibutani concluye que las diferencias reales que conducen al conflicto entre los grupos son las culturales, y que las somáticas son sólo símbolos que identifican a los extranjeros que tienen ciertos rasgos culturales, indeseables para el grupo mayoritario.

(U-V)

Boronat Argüello Laura: *El Habla de Santa María Atzompa, Estado de Oaxaca, México*. Universidad Iberoamericana, México, 1965, 293 pp.

La autora nos dice que su deseo, al hacer este trabajo, ha sido contribuir, en alguna forma, a la estructuración del Atlas Lingüístico que se está intentando elaborar en México.

Santa María Atzompa, pueblito situado en las inmediaciones de la